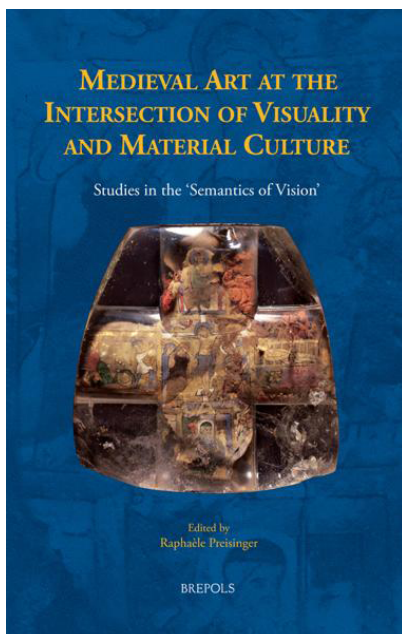


Preisinger, Raphaèle, ed. *Medieval Art at the Intersection of Visual and Material Culture. Studies in the 'Semantics of Vision'*. Turnhout: Brepols, 2021 [ISBN: 978-2-503-58153-8].

Fuensanta Murcia Nicolás
Universidad de Oviedo ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/eiko.93074>



El volumen editado por Raphaèle Preisinger pretende aunar dos perspectivas en la historiografía más reciente acerca del arte medieval; la cultura visual, donde la vista es entendida como algo más que un simple sentido, sino que constituye un espectro propio, y la cultura material, que comprende un enfoque multisensorial, en el que la visión es un elemento más.

La idea que vertebra los diferentes estudios parte de que los objetos artísticos tienen un valor más allá de sí mismos, ya que pueden suscitar un tránsito anagógico que permitía el acceso a lo invisible. A pesar de las reticencias que suscitaba, en la Baja Edad Media, la experiencia religiosa estará fuertemente marcada por el protagonismo de la materialidad y la proximidad de lo sagrado; un “ver para creer” que comenzaba en el mundo terrenal y no en el celestial.

El primer capítulo, elaborado por Berthold Hub, hace un recorrido sobre los dos postulados sobre el funcionamiento de la visión; aquel que lo explicaba como un proceso que partía de los rayos emitidos por los ojos del espectador, frente, al que acabó imponiéndose, que defendía que dicha recepción era más bien pasiva. El argumento, bien defendido por el autor, sostiene que ambos coexistieron durante la Baja Edad Media, lo cual abre nuevos interrogantes sobre la relación espectador-objeto, puesto que lo corporal, lo material, también podía participar de lo divino.

La aportación de Hub sirve de marco para los capítulos restantes, que versan sobre aspectos, a priori, contrapuestos, pero que no dejan de ser las dos caras de un mismo objeto de estudio. Las dos contribuciones siguientes indagan en concepciones que se desmarcan de la preferencia por lo visual y las imágenes. Wendy Shaw nos acerca a los postulados islámicos sobre la imagen y el velo para, así, exponer con claridad la teoría visual del islam, religión claramente anicónica. Mientras, Jens Ruffer analiza las primeras premisas de la orden cisterciense, las cuales cristalizan en su conocido ideario sobre la importancia de protegerse de los sentidos, y los peligros que llevan implícitos, para poder alcanzar la visión de lo espiritual y lo divino.

El siguiente grupo trata de los escenarios, de la escenografía de lo sagrado. Así pues, Bissera Pentcheva profundiza en las relaciones existentes entre la materialidad de los objetos y la percepción multisensorial que suscitan, un fenómeno que ya había explorado en los iconos bizantinos, el propio espacio de Santa Sofía y, más recientemente, en la basílica de Santa Fe de Conques. Por otro lado, Silke Tammen no sólo nos presenta los posibles efectos que podía causar la contemplación de ciertas obras de orfebrería, más concretamente dos coronas, sino el impacto que producían en la visión interior, más íntima y privada.

Las últimas aportaciones se centran en cómo determinados artefactos dirigían la mirada del espectador. Cynthia Hahn retoma una de sus líneas de investigación más conocidas, los relicarios. Propone cuestionar la creencia extendida de que las reliquias fueran adquiriendo mayor visibilidad a finales de la Edad Media, sino que, más bien, adquieren formas particulares que muestran o ocultan, para que esa primera visión corporal pueda desembocar en una percepción más clara de la materia sagrada. Finalmente, Tina Bawden presenta el caso de los *squints*, pequeñas aperturas encontradas en los biombos de madera de algunas iglesias bajo-medievales de Inglaterra y Gales. Además de analizar el efecto que tenían en la visión del espectador, también indaga en como condicionaban su cuerpo, ya que debía arrodillarse para poder ver a través de ellas.

El interés de esta obra reside en dos puntos, muy enriquecedores para el estudio del arte medieval. En primer lugar, abarca periodos y marcos geográficos amplios, lo cual permite detenernos en el estudio de

casos concretos, pero, al mismo tiempo, nos abre la posibilidad de trazar discursos más diacrónicos, que incluyen fenómenos de intercambio y transferencia de ideas a lo largo de la Edad Media. Y, en segundo, el valor que supone plantear nuevas perspectivas metodológicas; el poder retornar a lo visual teniendo en cuenta las relaciones con otros aspectos propios de los objetos, tales como su disposición, sus materiales o la respuesta que provocan en el espectador. De esta forma, podemos abordar el estudio del arte medieval desde un prisma con múltiples caras, y comprender la experiencia que suscitaba en la sociedad que lo contemplaba.